

EN ESTE NUMERO:

- **SANTO TORIBIO, MODELO DE CELO APOSTOLICO, FORTALEZA Y HUMILDAD**, por Mons. José Dammert Bellido (pp. 5-9).
- **TRINIDAD: LA CATEDRAL, A MANOS AUTOCTONAS**, por Lamberto de Echeverría (pp. 20-21).
- **¿CRISIS DE IDENTIDAD SACERDOTAL? EL SERVICIO ES LA RESPUESTA**, por M. Gutiérrez (p. 32).

editorial

CON DOLOR Y ESPERANZA

Llega este comentario cuando las aguas han ido ya volviendo al cauce de que se salieron antes, durante y después de la Conferencia episcopal. Cabe, por tanto, hablar del acontecimiento con una cierta perspectiva que, aun siendo insuficiente, basta para evitar al menos la tensión emocional que por aquellos días nos embargaba a todos sin excepción. Varios obispos nos contaron, por ejemplo, que durante el discurso de apertura del Presidente de la Conferencia, la emoción y la tensión eran tales que resultaba difícil recordar una situación parecida, volviendo la vista atrás.

El comentario se escribe con dolor. Reconocámoslo: poco ha ganado y mucho ha perdido la Iglesia, en esta guerra de comunicados, de maniobras, de comentarios periodísticos, de indiscreciones, de rectificaciones. En unos momentos en que la sensibilidad del medio ambiente se ha hecho mayor que nunca, hasta llegar a veces a lo enfermizo o maniático, por lo que a la Iglesia respecta, se ha producido este lamentable espectáculo. Sabemos lo que han sufrido miles y miles de buenos cristianos, la perplejidad de tantos sacerdotes, el dolor de muchos responsables. Lo que aquellos días fueron para el cardenal Tarancón lo dijo él mismo, con palabras justas y precisas y no necesitamos repetirlo. Allí los responsables con su conciencia, que no dudamos les aconsejaría esa actuación. Pero déjesenos, al menos, expresar nuestro dolor, hondo, sentidísimo, por lo ocurrido.

Pero mucho más que el dolor predomina en nuestro ánimo la esperanza. «Bien va lo que bien acaba» y al final todo terminó muy bien. Esperanzador el esclarecimiento que se ha hecho (en especial de un antológico número

de «Vida Nueva») de lo que había ocurrido; esperanzador ver que en la Iglesia se puede hoy neutralizar la intriga y desviar las maniobras; esperanzador oír al Padre Santo decir cuánto confía en nuestros obispos y en su presidente; esperanzador seguir el curso de las elecciones, y ver por dónde iban las cosas; esperanzador poder leer discursos como el del Nuncio, en los que se una la solidez de doctrina con la claridad más nítida en su exposición; esperanzador ver que la Conferencia episcopal española parece haber logrado ya su estilo exacto de actuación; esperanzadores los síntomas de una renovación que desde aquí tantas veces pedimos, y que, si nuestro episcopado encuentra obediencia suficiente, si sabemos secundarle, podría ser pronto una realidad.

No creemos que los acontecimientos que enturbiaron la preparación, aun ayudando como han ayudado a la clarificación de las posturas, den al fin un saldo positivo. No, hicieron más daño que provecho, y aun después de todas las aclaraciones seguimos encontrando personas turbadas por ellos. Pero mentiríamos si ocultásemos que la esperanza supera en mucho nuestro dolor, que estamos más esperanzados que doloridos.

Dios parece habernos dado, en un mundo tan falto de guías, quien nos pueda capitanear. Y a la hora de escribir esto no pensamos tanto en personas concretas, que han dado una talla poco común, cuanto en el hecho, mucho más consolador todavía, de que la cohesión del Episcopado, su sentido de la ponderación y el equilibrio puesto de manifiesto en el comunicado final, nos brinde el

(Pasa a la pág. 2.)